

Rubén Darío

EN EL CONCEPTO VITAL DE LA HISPANIDAD

JULIO YCAZA TIGERINO

Tengo la plena seguridad de que, por encima de cualesquiera divergencia intelectuales, todos coincidimos en el justo orgullo de pertenecer a la Raza del Espíritu fundada por España en todas las latitudes de la tierra por encima de las contingencias biológicas y somáticas que han servido a otras naciones para fundar sus imperios colonialistas, cuyos insalvables abismos étnicos, sociales y culturales alejan a la Humanidad del supremo ideal cristiano de hermandad universal.

Nunca he comprendido que la Hispanidad así concebida como una noble y amplia hispanofiliación se pueda plantear como tema polémico, y mucho menos entre gentes que por los cuatro costados de su personalidad ostentan el sello inconfundible de esta estirpe étnica y espiritual.

Ni las leyes civiles ni las de la Historia contemplan un procedimiento para la desafiliación de los individuos y de los pueblos, ni las leyes penales aceptan declaración de los hijos contra sus progenitores ¿Cómo entonces renegar de la maternidad de España y convertirnos en sus públicos detractores?

Por otro lado la retórica de la Hispanidad tiene su límite y su sentido en la verdad, auténtica y vitalidad históricas.

"En España no se da el caso de un arte que se mantenga puramente en la esfera propia del Arte, en la esfera de la figura y de la belleza. Incluso el retórico más exagerado y el literato más preciosista muestran siempre una gran vitalidad que da un nuevo carácter a los elementos formales de su arte".

Estas palabras de Karl Vossler, el ilustre hispanista alemán, han venido a mi memoria con motivo de la celebración del 12 de Octubre y ante el temor a ese retoricismo que gastamos anualmente los hispánicos de todas las latitudes en la conmemoración de la fecha del descubrimiento de América consagrada como día de la raza o día de la Hispanidad. Y es que yo he sido uno de los que han criticado más duramente la retórica de la Hispanidad. "La Hispanidad —escribí en uno de mis libros más polémicos— no está en quiebra pero está en retórica y si sigue allí terminará por estar en quiebra"... .

Las frases de Vossler al reconocer un hondo sentido vital a nuestra retórica hispánica no contradicen —sin embargo— las afirmaciones mías dirigidas no contra esta retórica en sí sino contra cierta retórica de la Hispanidad que resulta excesiva en la medida de su limitación conceptual y de la carencia de la acción y pasión auténticas que deben acompañarla.

El mismo Vossler en una obra póstuma e inconclusa después de señalar la grandeza del éxito de la fé me-

dioeval que trajo a América a los conquistadores y misioneros españoles, aunque esa fé ya no estaba de acuerdo con la época en el siglo del Renacimiento, se pregunta: "Por lo tanto ¿por qué la mística neohispánica del 12 de Octubre no habría de obtener amplia recompensa? ¿Por qué el concepto del honor y del ideal caballeresco no habrían de triunfar de las maquinaciones ocasionales de los hombres de hoy dominados por la técnica?"

Estas consideraciones de Vossler son alentadoras por cuanto reconocen un sentido histórico y un vital significado a esta idea de la hispanidad o comunidad espiritual e histórica del mundo hispánico simbolizada en la fecha del 12 de Octubre. Pero es necesario añadir que tal sentido histórico y tal significado vital no se agotan en el triunfo del concepto del honor y del ideal caballeresco sobre las maquinaciones del hombre dominado por la técnica y que este concepto y este ideal deben actualizarse continuamente para que tengan efectivamente un sentido histórico y un vital significado.

Es, pues, un deber nuestro profundizar nuestra retórica y actualizar nuestros ideales. No seguir alimentando nuestro pensamiento y nuestro sentimiento de la Hispanidad con la sola memoria de una fecha y de un pasado que carecerían de significado si no tuvieran suficiente sustancia histórica para nutrir una auténtica Tradición, esto es para proyectarse en el presente y en el futuro con fuerza de recreación y de transformación social, política y cultural.

Porque cuando se habla de Tradición no se concibe, no debe concebirse, una estatificación de la Historia y la congelación de su dinamia. La Tradición es principio viviente y actuante, es movimiento regulado por determinaciones ontológicas, por necesidades intrínsecas del ser histórico.

Los escolásticos definen el movimiento como el acto del ser en potencia en cuanto está en potencia. Una vez que nos hemos desplazado de un punto a otro punto seguimos estando en capacidad, en potencia, para actuar, para realizar un nuevo desplazamiento. Sólo en la medida en que conservamos esta potencialidad, es que existe el movimiento. Si después de realizar el acto de desplazarnos de un punto a otro nos quedamos paralizados, estáticos, imposibilitados de actuar; si después de un primer acto dejamos de estar en potencia para un nuevo acto, ya no hay movimiento.

Pues bien, la Tradición es un principio en movimiento. Supone estar siempre en potencia para actuar históricamente, y la Historia como movimiento es una sucesión de actos, de manera que todo acto histórico supone una cadena de actos anteriores que en cierta manera y

hasta cierto punto lo determinan originalmente, y otra cadena de actos posteriores que han de originarse y determinarse por él y a través de él. El movimiento se desarrolla en el tiempo. La vida del hombre y su Historia son temporales. Las tres condiciones o posiciones del ser en movimiento, del hombre en su vida y de los pueblos en la Historia: "potencia," "acto", "potencia", corresponden a las tres dimensiones del tiempo: "pasado", "presente" y "futuro". El presente que es la Historia actual, la Historia en acto, se da como resultado de la potencia del pasado. Pero esta potencia no la hemos perdido, vive en el presente a través del acto, a través de nuestra actuación, y va a determinar el acto siguiente, que hace que la vida y la Historia no se agoten en un momento sino que continúen en actos y momentos sucesivos, en sucesivas generaciones, esta potencia que hace posible la Historia y la Cultura, es lo que llamamos Tradición.

Y esta potencia es una y por lo tanto produce la unidad y la universalidad en el tiempo. La nación se define así como la unidad de las generaciones en el tiempo; unidad de Historia, de sangre y de Cultura, unidad en la tradición y por la tradición. Y un gran político español definió hermosamente la Patria como "unidad de destino en lo universal". La Patria existe en la Tradición y por la Tradición que es unidad en el tiempo. La Patria es Tradición y la Cultura es Tradición.

Pero todo esto no se interprete, insisto en ello y lo subrayo, como un tradicionalismo estático y reaccionario en el peor sentido de esta palabra, negador de todo dinamismo histórico, sino como una afirmación fundamental de historicidad y de Civilización, como afirmación de una necesidad ontológica del hombre y de la sociedad sin la cual la Historia y la Cultura, la Patria y la Nación no podrían darse, serían conceptos vacíos, carentes de sentido y de continuidad.

En estas afirmaciones está implicada toda una concepción de la Historia, de la vida y de la Cultura, de la cual depende la existencia y supervivencia del hombre mismo y de su civilización, porque como dice Jaspers: "No somos hombres por virtud de la herencia sino tan sólo por la substancia de una tradición".

Frente a este concepto de la unidad, permanencia y trascendencia de lo histórico, frente a esta concepción del hombre como ser ligado a su circunstancia de espacio y tiempo histórico que lo ata y lo limita y de la cual solo puede trascender en cuanto está religado con Dios, se halla la teoría (porque no pasa de ser una teoría contradicha por la realidad) de los que conciben al hombre como un ser ahistórico, libre por sí mismo, capaz de destruir y edificar en cualquier momento su propio mundo y su propia circunstancia, la teoría de los que conciben la Historia como sucesión de épocas antagónicas aisladas por las grandes revoluciones.

Esta teoría libero-marxista de la Revolución, hija del racionalismo imperante en los últimos tres siglos de la Historia Moderna, hace tabla rasa del pasado para tratar de construir un mundo entero nuevo. Para esta Revolución la Historia nace con ella. "La Revolución Francesa —como observa el Profesor boliviano Jorge Siles Salinas— establece un nuevo calendario cuyas fechas empiezan a contarse a partir del orto mismo de la Revolución, y los usufructuarios de la Revolución Hispanoameri-

cana de la Independencia consideran que las Historias Nacionales empiezan de súbito y como por generación espontánea hacia el año 1810, año inicial de los levantamientos contra España. Los tres siglos de Historia anterior se borran de una plumada".

La libertad es concebida así como el desarraigamiento del hombre de todo suelo histórico, de todo orden y tradición familiar y nacional. Del Código de Napoleón decía Renán que "parece hecho para un ciudadano ideal que naciera niño expósito y muriera solterón". Del mismo modo en el orden nacional los pueblos y las patrias son concebidas como recién nacidos sin padres, sin genealogía, sin Historia, sin Tradición. Por este camino la Revolución, llevada al extremo con el Comunismo, ha llegado por un lado a la negación de la Patria y por otro lado a la negación de la Cultura.

La característica, pues, de esta Revolución negadora de la Tradición es como señala el mismo escritor boliviano la pérdida de la conciencia histórica, la ausencia de sentido histórico. Es por obra de esta Revolución y en nombre de esta Revolución que se abjura de lo hispánico en cuanto genealogía, en cuanto casta y tradición. Porque se concibe la libertad del hombre "en cuanto debe su existencia a sí mismo", para usar una frase de Marx en sus Manuscritos económicos y filosóficos de 1844. Es decir que se concibe la libertad del hombre y la libertad de los pueblos como una ruptura con Dios, con la Historia y con la Tradición, como un rompimiento con su estirpe, como un descastamiento biológico y espiritual. Gravísimo error que no han conducido a los pueblos históricamente por el camino de la libertad sino por el atajo doloroso de la servidumbre económica y de la esclavitud política del individuo al Estado, a la clase, a la masa o al Partido.

Vale la pena subrayar entonces la necesidad que tienen nuestros pueblos de recuperar su conciencia histórica y que tal es el significado vital de la Hispanidad cuyos valores encarnan la auténtica tradición de nuestra nacionalidad. Vale la pena descubrir y señalar este vital significado de la Hispanidad y su profundo sentido histórico en la obra de uno de los más excelentes poetas hispanoamericanos, nuestro inmortal Rubén Darío, que como ningún otro supo encarnar el auténtico espíritu de la Tradición como movimiento transformador y vitalizador del Arte, de la Historia y de la Cultura.

Tarea ésta, desde luego, que exige un largo y detenido empeño, pero que procuraré enmarcar dentro de los límites de este trabajo, señalando en una síntesis al vuelo, a través de la obra de Rubén, la vigencia de la Hispanidad en tres aspectos o desarrollos fundamentales "como actitud vital humana", "como sentido y expresión artísticos" y "como concepción histórica y política", aspectos o desarrollos que corresponden a la triple condición con que se integra la personalidad del poeta: su condición de hombre en sí, su condición de artista creador de cultura y su condición de intérprete de su comunidad histórica y social que lo convierte en vate, esto es en guía y en profeta de su nación y de su raza.

En el hombre Rubén la hispanidad es realidad vital de mestizaje biológico y espiritual. Sin esta mestización indohispana no puede concebirse la poesía de Rubén, ni puede concebirse y existir la hispanidad de que esta poesía es una de las más altas expresiones.

A través de su sangre española Rubén siente como

propia la herencia de valores hispánicos. A través de su sangre indígena comprende y asimila esta herencia hispánica en su capacidad de fecundación espiritual y la refleja y proyecta en su dimensión universal. Lo indígena es sublimado en lo hispánico, es asumido por lo hispánico y cristianizado y proyectado dentro de la Cultura de Occidente y en función de Historia universal.

Otro gran poeta nuestro, Joaquín Pasos, ha expresado maravillosamente en su "Villancico Indio" esta milagrosa síntesis de mestización sanguínea y espiritual que se realiza en América por obra y gracia de la Hispanidad:

Un indio nuevo ha nacido,
un indio nacido hoy,
hoy mismo a la media noche
el indio nuevo nació.

En una trasposición poética del misterio de la redención y del nacimiento de Cristo a nuestra Historia americana, Joaquín Pasos entona un villancico al nacimiento del hombre nuevo de América, del indio nuevo nacido a la Historia y a la Civilización Cristiana Occidental y el alma redentoras de España, conjunción expresada y sintetizada estupendamente en los siguientes versos:

¿Es un indio todo indio
o un indio medio español?
Es un español todo indio,
un indio todo español.

Y más adelante por vía de reiteración parafrástica:

¿Es un español o un indio?
Es un indio como yo,
español como todo indio,
tan español como vos

Y en la última estrofa la explicación teológica y coronación cristiana del sentido vital de la Hispanidad, Concilio de Trento, igualdad y hermandad de todos los hombres bajo la paternidad de Dios:

Y si dudáis de su sangre
española, mi señor,
diga la Virgen de España
si ese indio es su hijo o no.

Nadie como Rubén Darío encarna ese indio nuevo, ese hombre nuevo de América, ese indio todo español. Pareciera que al escribir su Villancico Indio, Joaquín Pasos hubiera estado pensando en Rubén y recordado aquellas autodefiniciones que hace en "Historia de mis libros": "idiosincracia calentada a sol de trópico"; "español de América y americano de España"; y aquella frase de las Dilucidaciones del Canto Errante; "Yo sin ser español de nacimiento, pero ciudadano de la lengua"; y desde luego más insistentemente en el soneto en que dice:

Yo siempre fui por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.

A través de toda la obra poética de Rubén encontramos un constante testimonio de afirmación y admiración de los valores, éticos y sociales del hombre hispánico y de adhesión al sentido hispánico de la vida; testimonio

múltiple y radical que demuestra que su hispanismo no era una pose artística o intelectual sino una actitud profundamente óptica, orgánica y natural que le nacía de lo más hondo de su humanidad mestiza.

"La España que yo definiendo— escribe en un vibrante artículo con motivo de la guerra hispano-yanqui— se llama hidalguía, ideal, nobleza".

Poemas como "Cosas del Cid", "Al Rey Oscar", "Cyrano en España", los sonetos a Góngora, Velásquez y Cervantes, la "Letanía de Nuestro Señor Don Quijote", etc., etc., son un canto sostenido al honor, a la hidalguía, y a todas las virtudes del espíritu hispano y a supervivencia e inmortalidad, porque

"Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un sueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España
(Al Rey Oscar)

"Hispania por siempre", exclama comentando su hispanismo de "Cantos de Vida y Esperanza", y explica: "Yo había vivido allá algún tiempo y había revivido en mí alientos ancestrales".

Y luego su profundo sentido religioso que lo hace confesar en "Historia de mis libros": "Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias y no he encontrado suficientemente maciza mi fé... Me he lanzado a Dios como un refugio; me he asido a la plegaria como de un paracaídas". Sentido religioso éste de indiscutible raigambre hispánica en su doble vertiente: la individual y la social o histórica.

Pedro Salinas señala cómo Rubén Darío "se suma al gran escuadrón de los poetas españoles —desde el canciller Ayala a Unamuno— que hicieron alma de su obra a la angustia del pecador y su pecado".

Así en su trance personal clama Rubén desde el fondo de su alma:

"Jesús, incomparable perdonador de injurias
... dame contra el sañudo infierno
una gracia lustral de iras y lujurias".

Y cuando se calza el coturno del vate y eleva su canto sobre la Historia, al viejo Roosevelt imperialista le enrostra en nombre de "la América católica, la América española":

Y pues contáis con todo, falta una cosa: Dios"

Y contemplando el mundo agitado de su época, con fervor apocalíptico exclama:

"¡Oh Señor Jesucristo, por qué tardas, qué esperas
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer ondear al viento las divinas banderas!"

A esta poderosa tradición hispánica de valores éticos individuales que aflora en la obra de Rubén desde lo más hondo de su humanidad como una actitud anímica vital, corresponde en su quehacer artístico un vigoroso sentido de continuidad cultural que lo vincula a la más auténtica tradición del Arte y la literatura hispánicos.

La revolución literaria de Darío se enraiza en el más sólido terreno de los clásicos españoles, que leyó desde

los 14 años en la Biblioteca Nacional de Managua, y a quienes en todo momento rinde el claro homenaje de su entusiasmo y devoción.

"El caudillo del modernismo, el innovador de las mayores audacias —observa Pedro Salinas— se sentía siempre obligado con los clásicos desde Berceo en adelante, demostrando así su certera intuición de la unidad última y profunda de todas las épocas literarias. Así podría decirse que fué España para Darío patria de la tradición en su sentido total, y además patria de la expresión literaria tradicional en propia lengua madre".

"Amo tu delicioso alejandrino", le dice al maestro Gonzalo de Berceo,

"Así procuro que en la luz resalte
tu antiguo verso cuyas alas doro
y hago brillar con mi moderno esmalte"

Hace el más cumplido y bello elogio de la seguidilla andaluza:

"Metro mágico y rico que al alma expresas
llameantes alegrías, penas arcanas".

Y se complace en escribir "Dezires, layes y canciones" a la manera antigua, declarándolo expresamente: "a la manera de Johan Duenyas" "a la manera de Valtierra", "a la manera de Johan de Torres", sin temor a que algún mediocre rebelde modernista lo tache por eso de reaccionario y arcaizante. Confiesa con honradez, sin rubor y hasta con orgullo, que algunas de sus llamadas innovaciones métricas no son sino revivencia y actualización de antiguos metros olvidados:

"Mis aficiones clásicas —escribe en las "Dilucidaciones" del Canto Errante— encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía, como yo, en el Hotel de las Cuatro Naciones; se llamaba y se llama hoy en plena gloria, Marcelino Menéndez y Pelayo. El fué quien oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del "Pórtico" a Rueda, como peligrosa novedad,

y esto pasó en el reinado de Hugo,
emperador de la barba florida,

dijo: "Esos son, sencillamente, los viejos endecasílabos de gaita gallega:

Tanto bailé con el ama del cura
Tanto bailé que me dió calentura.

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien intencionado".

Y en otra parte de este mismo Prólogo nos ha dejado el más exacto concepto del valor y sentido de la tradición en el Arte y en la Cultura: "Amador de la cultura clásica —dice— me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días".

Pero es en el Prólogo de PROSAS PROFANAS donde con frases de suprema elegancia espiritual y literaria expone la clara estirpe hispana de su poesía y de su genio:

"El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: "Este, me dice, es el gran Don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana". Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por

el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamó: "Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo! (Y en mi interior: ¡Verlaine!). Luego al despedirme: "Abuelo, preciso es decirlo: mi esposa es de mi tierra; mi querida de París".

Y comentando esta última famosa frase en su "Historia de mis libros," explica: "En el fondo de mi espíritu existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que atribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal dí a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo".

Rubén corta las rosas de todos los jardines literarios del mundo para enflorar el árbol de su poesía de profundas raíces hispánicas. "Bien canta el poeta —dice Cocteau— cuando canta posado en su árbol genealógico".

Nuestra historia literaria y política está llena, sin embargo, de jóvenes y viejos que en nombre de la Revolución y de la Novedad abominan de toda genealogía y torpes e ilusos se empeñan en derribar y en quemar el árbol de la Hispanidad. Para ciertos jóvenes de hoy —rebeldes de nuevo cuño— que creen haber inventado ellos la rebeldía o que la rebeldía se inventó para ellos, la obra literaria de Rubén, auténtico rebelde e innovador, encierra una seria y profunda lección de fecundo tradicionalismo, de concepción unitaria de la Historia, del Arte y de la Cultura; tradicionalismo que exige, por supuesto, no una simple facultad poética de evocación del pasado sino un formidable acopio de sabiduría y de cultura, de cuya carencia precisamente nace la improvisada y pobre rebeldía de los últimos usufructuarios de la tea y de las piedras.

Por ello acaso, o sin acaso, le fué dado a Rubén Darío el don del vaticinio que muy pocos poetas y genios alcanzan, la misión de interpretar para los pueblos de su estirpe los signos de la Historia y de la Tradición y de confortar y orientar a estos pueblos para la aventura del Porvenir.

Rubén Darío aparece en una coyuntura histórica en que con el declinante sol del imperio español y ante el ascenso veloz del fabuloso cometa yanqui barriendo con su cola imperialista a los débiles vecinos del Sur, parecía hundirse para siempre en el mar de los siglos no sólo el Poder sino el Espíritu, la Cultura y la razón de ser de toda una vasta estirpe de pueblos y gritara el optimismo y la esperanza para conjurar la desesperación y convocara a la unidad para evitar la dispersión y la disolución:

"en espíritu unidos, en espíritu en ansias y lenguas"

"Unanse, brillen, secúndense tantos vigos dispersos
Formen todos un solo haz de energía ecuménica"

"Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros
Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda"

Rubén Darío venía a afirmar y no a negar. Por eso fustiga a los negativos y negadores:

"¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue
(músculos
o que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?"

No era un abanderado de la destrucción sino un profeta de la salvación. Por eso abomina de los predicadores de la revolución destructora:

Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida"

y luego:

"Ya veréis salir el sol en un triunfo de lirás"

Se apoya en el pasado para rebelarse contra el presente y recobrar el Porvenir:

"muestren los dones pretéritos que fueron antaño su
(triunfo"

.....
"La alta virtud rescuita que a la hispana progenie hizo
dueña de siglos".

En la poesía de Rubén Darío la Hispanidad encuentra su concepción histórica vital. Rubén Darío iluminó el concepto de Hispanidad, le dió contorno, vigencia y actualidad. En su poesía la Hispanidad recoge de la Historia sus pristinas esencias para producirse como afirmación de libertad y soberanía frente a la agresión imperialista desencadenada sobre nuestros pueblos y para proyectarse como unidad y como misión de esos mismos pueblos en la Historia Universal.

"¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?"
interroga angustiado en su poema "Los Cisnes",
"Tantos millones de hombres hablaremos inglés?"
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Caballeros ahora para llorar después?"

Pero no se contenta con dejar escrita su protesta de poeta sobre las alas immaculadas de los cisnes y se enfrenta admonitivo y profético al viejo Roosevelt para oponer a su Imperio babilónico de Calibán moderno el Espíritu y la Fe de nuestra América hispana:

"Tened cuidado. Vive la América española.
Hay mil cachorros sueltos del León español"

Y si con ocasión de la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, a la que asiste como delegado de Nicaragua, ensaya en su "Salutación al Aguila" un canto de paz y hermandad entre las dos Américas:

"Aguila existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes
(alturas

.....
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y
(esfuerzo",

no tarda en rectificar confesando en la "Epístola a la Señora de Lugones" su escepticismo y sus verdaderos sentimientos sobre el Panamericanismo:

"En Río de Janeiro . Yo panamericanicé
con un vago temor y con muy poca fé. ."

En esos años trágicos para todo el mundo hispánico con la ocupación de Cuba, el despojo de Panamá y la es-

tructuración del sistema panamericano como instrumento visible del dominio yanqui en América, Rubén Darío capitanea la vigorosa protesta lírica de la estirpe humillada y ultrajada y se convierte en la encarnación del alma de nuestros pueblos que se afirman vigorosamente en la Historia porque no se resignan en morir. "Si en estos cantos hay política —afirma en el Prólogo a "Cantos de Vida y Esperanza"— es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un Presidente, es porque son un clamor continental". En cumplimiento de esta gloriosa misión el poeta aristocrático por excelencia, el que había hecho del Arte su torre de marfil, se convierte en poeta de las multitudes. Su "Oda a Roosevelt", voz que convoca a todos los pueblos hispanos frente a su agresor, se publica en todos los diarios y revistas de nuestra América y resuena a través de las generaciones en aulas, ágoras, plazas y parlamentos. "Yo no soy un poeta para las muchedumbres —escribe Darío— pero sé que indefectiblemente debo ir a ellas".

Y este ir de Rubén a las muchedumbres no fué en alas de una demagogia revolucionaria portadora de las rojas banderas del asalto a las "bastillas" del pasado. Fué —y es importante recalcarlo— un acercarse al alma eterna de nuestros pueblos, a las raíces de sus más caras virtudes y esencias tradicionales, un remover su conciencia histórica y las potencias de su espíritu nacional frente a la amenaza destructora de su Poder y de una Cultura extraños, y un revivir de síntesis étnica y cultural del pasado para proyectarla en unidad y misión históricas del Porvenir.

Jamás ante ni después de Rubén poeta alguno ha tenido tal resonancia política en las naciones hispánicas de una y otra orilla del Atlántico. Y es que él llegó al alma de nuestras Patrias y al corazón de nuestros pueblos no por la calle oscura de la Revolución sino por la clara vía de la sangre y de la Tradición, por el camino real de la Hispanidad. Y no queremos negar que nuestros pueblos tengan que transitar alguna vez por esa calle de la amargura revolucionaria, pero ha ser precisamente para desembocar en el camino real de nuestra Historia, en el camino abierto por el verso luminoso de Rubén.

Hoy más que nunca está en pie su mensaje de profecía y de esperanza. Su "Salutación del optimista" es la más alta profesión de fé en el destino de nuestros pueblos y en la salvación del mundo por el Espíritu.

En este 12 de Octubre saludemos a la Madre de América, a la España eterna, con los versos anunciadores de ese otro gran cantor americano, Walt Whitman:

"No creas que te olvidamos, madre.
¿Te has quedado rezagada mucho tiempo?
¿Se cerrará de nuevo las nubes sobre tí?
¡Ah! Pero de nuevo has aparecido entre nosotros, te
conocemos;
la visión de tí ha sido una segura prueba para nosotros.
Allí aguardas, como en todas partes, tu hora".

Y sobre el desasosiego y el temblor de los espíritus en la hora convulsa que vivimos, preñada de amenazas para la Paz del mundo y para la Paz del hombre, digamos con el cisne blanco de Rubén:

"la aurora es inmortal, la aurora es inmortal"